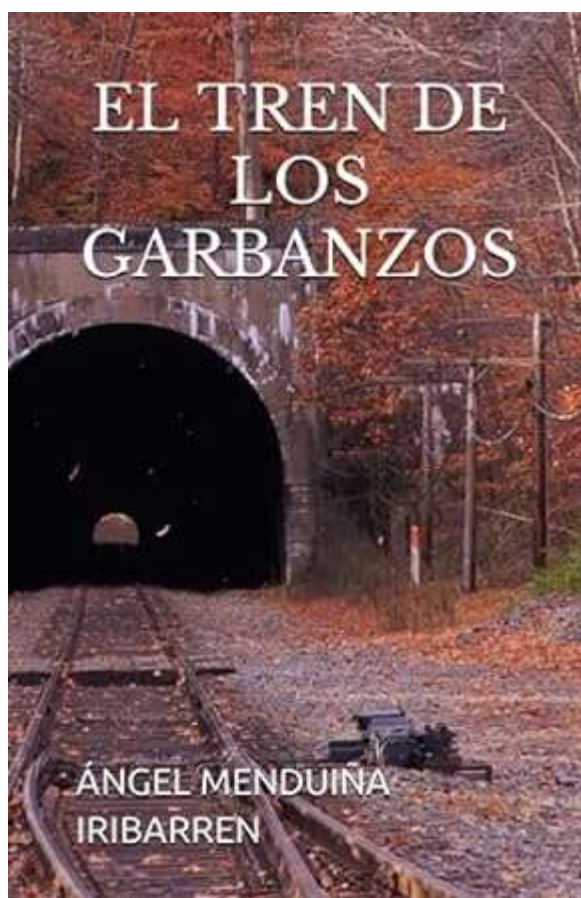




EL TREN DE LOS GARBANZOS

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN

©: Ángel Menduiña Iribarren

Publicación independiente

Depósito Legal: D 01606-2021

Publicado en ebook: 2019

1ª edición impresa: 2020

2ª edición en color: 2021

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN nació en Donostia–San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha escrito varios relatos de ficción juvenil como EL TREN DE LOS GARBANZOS (2011), MISTERIO EN LA VIEJA MANSIÓN (2012) y MUERTOS QUE ALUMBRAN (2020). Ha escrito, además, 16 relatos para adultos, resultando finalista en esta modalidad en el XXII Certamen Literario El Filandón, convocado por El Diario de León (2007), con la obra EL TÚNEL, y en el I Certamen Literario Huellas Plus 55 (2017), convocado por el Ayuntamiento de San Sebastián, con la obra EL MEJOR REGALO.

En poesía ha escrito siete cuadernos: TIEMPO DE HIELO (1983-1989), con el que resultó ganador en el XX Certamen Euskal Herriko Poetak (1990), convocado por Editorial El Paisaje, ENCUENTROS CON EL AZAR (1990), NO TE OLVIDES (1990-2010), RIMANDO CON TRES HERIDAS (1990-2010), NANAS PARA DESPERTAR (2013-2016), TODO SE HALLA EN EL CA-

MINO (2017) y CICATRICES (2018-2019). Ha resultado finalista en varios certámenes literarios, como en el Euskal Herriko Poetak, entre los años 1984-1987, Gemma 1986, y Ayuda 1987 y 1988. Ha colaborado en diversas antologías y revistas literarias.

Dedicado a mi compañera Itziar, sin la que nunca hubiera escrito este relato, y a todas aquellas personas que, pese a ya no estar, aún me siguen alumbrando.

21 de julio de 2019

ÍNDICE

I) EN BÚSCA DEL TREN (junio de 1988)	11
II) ¡PRISIONEROS! (junio de 1988)	27
III) BUENAVENTURA (agosto de 1988)	53
IV) EL REGRESO (octubre de 1988).....	71



I) EN BÚSCA DEL TREN (junio de 1988)

Estuvo despierto hasta que el sueño le venció y cayó rendido en el sofá del salón. A las siete menos cuarto le despertó la estridente música procedente de un concierto que en ese momento reponían por televisión. Corrió instintivamente hacia la habitación de su padre, pero la cama vacía le confirmó los peores presagios. Aún no había regresado. Era la primera vez que esto sucedía en sus casi once años de vida, y no sabía muy bien cómo debía actuar.

Todo lo que conocía del empleo de su padre, por lo que este le había contado, era que trabajaba en el tren de los garbanzos, pero ignoraba por completo dónde se encontraba y qué trayecto realizaba. En estas circunstancias, lo mejor sería esperar un día más, y si para entonces continuaba sin tener

noticias tuyas, se impondría el tomar una decisión. Entretanto, permanecería en casa muy atento al teléfono y al televisor, por si desde alguno de estos medios le llegaba alguna información.

Julen y Enrique, su padre, vivían solos desde que la madre del niño falleciera en un accidente de circulación cuando él apenas contaba con dos años de edad. Residían en una bonita casa situada a las afueras de un pueblo cercano a Madrid. Un lugar maravilloso que se prestaba a múltiples posibilidades que a Julen le entusiasmaban, como subirse a los árboles, observar animales, bañarse en el río, pero sobre todo, explorar nuevos caminos y senderos.

A media mañana sonó el teléfono.

—¡Mi padre! —pensó Julen mientras se abalanzaba automáticamente sobre el aparato.

Pero se equivocó; se trataba de Luci; su inseparable vecina y amiga con la que esperaba pasar un espléndido verano.

—¿Salimos? —preguntó ella—. Hace un día precioso.

—No puedo, Luci —contestó el niño—. Mi padre no regresó ayer del trabajo y debo quedarme en casa por si recibiera alguna noticia.

—¿Y no sabes nada de nada?

—Pues no. La verdad es que todo es muy extraño; y yo estoy muy preocupado.

—Debes estarlo. Lo mejor será que me acerque hasta tu casa para hacerte compañía.

—Muchas gracias, Luci; pero si quieres ve tú sola al río. Otro día, cuando esto se arregle, iremos juntos.

—De eso, nada —respondió la niña—. Le diré a mi madre que nos haga algo de comer, e iré a pasar el día contigo. Ya verás como todo se soluciona pronto.

Una hora más tarde, Luci llegó a casa de Julen con una cesta llena de provisiones que le había preparado su madre.

—Mira, traigo bocadillos y pasteles caseros, de esos que te gustan tanto.

—No tenías que haberte molestado. En nuestra despensa tenemos chorizo, jamón, queso, fruta, leche y cereales. Supongo que será suficiente hasta que él regrese.

Al llegar la noche sin haber recibido ninguna nueva, la niña le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Mañana a primera hora de la mañana —le respondió el chico—, si no ha regresado, saldré en busca del tren de los garbanzos.

—Me gustaría acompañarte —le dijo Luci—, pero...

—No te preocupes —cortó Julen—. Lo comprendo.

Se dieron un beso de despedida y, mientras se alejaba de la casa, ella le gritó:

—¡Estate tranquilo! ¡Todo saldrá bien!

En la segunda galería de la Prisión Provincial la tensión era máxima. Una veintena de presos se habían amotinado y retenían a cinco funcionarios y a dos cocineros del centro.

—¡Exigimos hablar con el mismísimo ministro de Justicia! —gritaba un gigantón

de fiero aspecto que parecía liderar el grupo rebelde.

—¡Eso! ¡Eso! —coreaba al unísono el resto—. ¡Queremos mejoras en los servicios sanitarios y más instalaciones deportivas!

—¡Y más comida! —añadían desde otro lugar de la galería.

—¡Está bien! —respondió el director—. Si liberáis a los rehenes, podremos hablar tranquilamente de todo esto, y os prometo que yo personalmente haré todo lo que esté en mi mano.

—¿Tu mano...? ¡Ojalá se la coman los cerdos! —le gritó el gigantón mientras se reía el resto de sus compañeros—. ¡No nos haga perder la paciencia! ¡Queremos que venga el ministro! ¡Y cuanto antes!

Ante la imposibilidad de hacerles entrar en razón, el director abandonó la galería, en-

trando la situación en un tenso compás de espera.

Uno de los cocineros retenidos llamó la atención del líder de los amotinados.

—¡Oswaldo, por favor, acércate un momento!

—¿Qué pasa, Enrique? —contestó este.

—No te pido que me liberes ni que me des un trato de favor. Verás, tengo un niño de once años que está solo en casa sin saber por qué no he regresado esta noche. Déjame cinco minutos para llamarle por teléfono y tranquilizarle, y te prometo que pasado ese tiempo me reincorporaré de nuevo al grupo.

—¡Lo siento, Enrique...! —contestó el otro—. Empezar a hacer concesiones tan pronto sería visto como un signo de debilidad por nuestra parte, y eso no sería bueno para nosotros. Créeme que lo siento, pero

confiemos en que esta situación se resuelva cuanto antes. De todas formas, la Dirección mantendrá informado al muchacho. Estate tranquilo.

A la mañana siguiente, tras comprobar que su padre aún no había regresado, Julen puso en su mochila unas provisiones de ropa y comida; se metió en un bolsillo el poco dinero que encontró en la casa y, después de dejar una nota sobre la mesa de la sala, salió en busca del tren de los garbanzos.

Recorrió toda la ciudad preguntando a decenas de personas, pero nadie sabía de la existencia de dicho tren. Alguno, pensando que se le estaba tomando el pelo, contestaba de muy malas formas.

—¿El tren de los garbanzos? Anda y vete a reírte de tu padre.

—¡Es que para reírme con él lo estoy buscando!

Avanzada la tarde, y extenuado de tanto caminar, se encontraba en una estación de ferrocarril, cuando repentinamente vio a una mujer que al bajar de un vagón golpeó con su pie un pequeño objeto que cayó hasta el suelo del andén y rodó hacia donde él se encontraba. Lo recogió con su mano derecha, y entonces se le iluminó el rostro. Sí. Se trataba de un garbanzo; de un diminuto e insignificante garbanzo, pero que sin lugar a dudas le estaba marcando la pista del camino que debía seguir.

Subió al mencionado tren con la intención de recorrer todo su trayecto en busca del lugar de procedencia del pequeño garbanzo; pero el cansancio le dominó, y solo pudo advertir cómo una mano le zarandeaba por el hombro mientras escuchaba una voz que le decía:

—¡Despierta muchacho! Hemos llegado al final del viaje.

Entrada ya la noche, mientras el niño caminaba por las inmediaciones de un polígono industrial, un hombre de aspecto tosco apareció repentinamente frente a él, interrogándole:

—¡Eh, chico!, ¿qué haces tan solo por aquí?

—Busco el tren de los garbanzos —respondió.

—¿Por qué lo buscas?

—Mi padre trabaja allí, pero lleva ya dos días sin aparecer por casa.

—Pues has tenido mucha suerte, ya que has venido a tropezar con la persona adecuada. Yo sé dónde está ese tren.

—¿Está por aquí cerca? —indagó esperanzado Julen.

—No, hijo. Está en mi tierra. En Colombia. Al otro lado del océano.

—¡Pero eso no puede ser verdad! Colombia está en América, y mi padre iba y venía a casa cada día.

—¿Pero no sabes que existen aviones que realizan ese recorrido en menos de dos horas? —mintió el hombre—. Estoy seguro de que tu padre se encuentra allí; lo que ocurre es que por alguna razón que desconocemos no habrá podido regresar. Puede que se haya puesto enfermo y esté ingresado en un hospital. Pero tú no te preocupes. Yo te ayudaré a llegar hasta él.

—¿Usted haría eso por mí?

—Seguro. Nada me duele más que ver a un niño de tu edad separado de sus padres.

Hoy dormirás en mi casa, y mañana te compraré un billete de avión para Bogotá. Me pondré en contacto con unos buenos amigos que tengo allá, y ellos se encargarán de recogerte en el aeropuerto y de llevarte hasta el mismísimo tren de los garbanzos.

—¡No sabe cuánto se lo agradezco!
—respondió confiado Julen.

Pero lo que el pequeño no sabía era que estaba siendo víctima de una banda de delincuentes internacionales que se dedicaba a secuestrar niños que eran obligados a trabajar hasta la extenuación en fábricas o plantaciones clandestinas, tan solo a cambio de cama y comida.

Una vez resuelto el motín de la Prisión Provincial, Enrique emprendió una rápida marcha hasta su casa. Estaba muy preocupa-

do por la suerte que hubiera podido correr Julen, y eso que ignoraba que nadie de la Dirección se había puesto en contacto con él para tenerle al corriente de los acontecimientos, tal y como había pronosticado Oswaldo. Ahora se arrepentía de no haberle contado la verdad sobre su empleo; pero en su momento, creyó que decirle que iba a trabajar al tren de los garbanzos le evitaría una preocupación. Y en cierta forma, allá justamente le llevaba el tren que tomaba cada mañana; a la cocina del centro penitenciario en donde a diario tenía que preparar los garbanzos y las alubias de los más de doscientos presos que allí se hacinaban.

A cada paso que daba el corazón se le aceleraba más y más, y cuando introdujo la llave en la cerradura de la puerta para entrar a su hogar, creyó que se le iba a salir del pecho.

—¡Julen, Julen!, ¿dónde estás, hijo mío?
—gritó.

Pero el silencio fue la única respuesta que obtuvo. De repente, vio sobre la mesa del salón la nota que su hijo le había dejado. Nota, en la que le explicaba que había salido en su búsqueda y que, si regresaba antes que él, se mantuviera tranquilo.

Pero ¿cómo podía estar tranquilo un hombre sabiendo que su hijo de once años se había ido de casa en busca de un tren que no existía? ¿Hasta dónde le podría conducir esa falsa pista?

Estas y otras muchas preguntas sin respuesta se acumulaban de manera incesante en la desesperada cabeza de Enrique.



II) ¡PRISIONEROS! (junio de 1988)

Cuando el avión aterrizó en Bogotá, Julen se dirigió hacia la puerta principal del aeropuerto, tal y como le habían indicado, y allí, se percató de la presencia de cuatro hombres enfundados en unos buzos negros. Sin duda, se trataba de los que tenían que ponerle sobre la pista de su padre.

—¿Ustedes son los señores que me tienen que guiar hasta el tren de los garbanzos? —preguntó, tras haberse acercado hasta donde se encontraban.

—Así es —contestó uno de ellos—. ¿Y tú serás Julen, el chico que nos envía nuestro

amigo Germán desde España para que te ayudemos a buscar a tu padre?

—Sí. ¿Pero podríamos irnos ya? Estoy deseando encontrarle.

—¡Tranquilo, tranquilo! —le replicó otro de los hombres—. Todo llegará en su momento.

Subieron en una furgoneta blanca, y tomaron una carretera que cada vez parecía alejarse más y más de las zonas pobladas mientras se adentraba en terrenos montañosos.

—¡No te preocupes! —le tranquilizaban cada cierto tiempo—. Muy pronto estarás junto a tu padre.

Tras casi cinco horas de viaje, la furgoneta abandonó la carretera principal y se introdujo por un camino estrecho y rodeado de maleza por el que se hacía muy difícil transi-

tar. Pasados diez minutos se detuvo en una pequeña explanada, junto a un viejo caserón de color gris escondido entre grandes árboles y arbustos.

Una vez hubieron descendido del vehículo, uno de los hombres, el que parecía llevar la voz cantante, tomó a Julen por un brazo, y le dijo:

—Tu padre murió en un accidente a la salida del trabajo. Ahora nosotros somos tu familia. Y escucha bien, porque cuanto antes lo entiendas será mejor para ti. Aquí todo el que come tiene que trabajar. No damos la sopa boba a nadie. ¡Ah!, y te prevenimos lo mismo que al resto. Si un día logras salir, no se te ocurra ni por un segundo ir a la policía. De lo contrario, daremos contigo y te daremos tu merecido, ¿entendido?

Julen fue trasladado hasta una habitación en la que se apilaban más de veinte lite-

ras. La que a él le asignaron se encontraba en un rincón del fondo. Además, se le proporcionó una taquilla en la que podría guardar sus escasas pertenencias. Seguidamente, se le informó del trabajo que debía realizar de ahora en adelante. Consistía en seleccionar y recolectar de los cafetos que rodeaban la casa, las drupas de café que estuvieran ya maduras, con el fin de que otros muchachos continuaran con su procesamiento: secado y extracción del grano de la vulva, para su posterior comercialización.

Se tendría que levantar a las siete y media y, tras desayunar, iniciar la primera parte de su jornada, que iba desde las ocho hasta la una del mediodía. A media mañana se les concedía un pequeño descanso de treinta minutos para almorzar alguna pieza de fruta. A las tres de la tarde, después de la comida, reiniciaban las labores hasta las siete. Durante este periodo contaban con otra peque-

ña parada para merendar un bocadillo de mantequilla con un poco de chocolate. A las siete terminaba la tarea, pero no para los que habían conseguido menos producción, ya que estos, como castigo, debían continuar trabajando otras dos horas más. A la nueve, después de asearse, se servía la cena y, acto seguido, se podían retirar a descansar a sus literas hasta el día siguiente.

El cafetal, que es el campo en el que crecen los cafetos o arbustos del café, se hallaba en un amplio terreno en donde se mezclaban estos con grandes árboles que les proporcionaban la sombra necesaria para su adecuado desarrollo. Todo el terreno estaba rodeado por una valla de una altura considerable, y durante el trabajo permanecían siempre estrechamente vigilados por un número de guardianes, que nunca bajaba de cuatro.

Mientras se encontraban dentro de la casa, la totalidad de las habitaciones se mantenían cerradas con llave, incluso la que dormían, que estaba situada en la segunda planta. Absolutamente todas las ventanas se hallaban enrejadas por unas barras de duro acero. Escapar de allí parecía prácticamente imposible.

Tras percatarse de la gravedad de la situación, Enrique decidió dejar el trabajo en el centro penitenciario para poder dedicar todo el tiempo a la búsqueda de su hijo. Con la inestimable ayuda de Luci y de los otros compañeros de Julen, colocó carteles por toda la ciudad, acudió a periódicos y emisoras de radio, e intervino en programas de televisión; pero como los resultados eran siempre negativos, se vio obligado a ampliar las zonas de rastreo a otras localidades y provincias cada vez más alejadas de la suya,

lo que le obligaba a pasar muchas horas fuera de su hogar.

Al llegar la hora de acostarse Julen estaba absolutamente inconsolable; la noticia de la muerte de su padre le había caído como un mazazo.

—Yo por eso no me preocuparía tanto —le dijo Quico, el muchacho mayor del grupo—. Estoy seguro de que es una mentira para poder retenerte más fácilmente. Lo que tienes que hacer ahora es espabilarte o te harán la vida imposible. Y en ir pensado en un plan para largarte de aquí.

—¿De verdad crees que mi padre sigue con vida?

—Estoy seguro. Es imposible que viniera todos los días desde España. Además, ¿al-

guien de vosotros ha oído hablar alguna vez del tren de los garbanzos?

—¡No! —respondieron todos al unísono.

—Entonces, todo ha sido una trampa desde el principio —suspiró aliviado Julen—. ¿Pero cómo vamos a salir de aquí?

—Eso sí que me parece imposible —opinó Chelito, una niña morena de trece años que llevaba ya dos en aquel lugar—. Lo tienen todo muy bien controlado.

—Hay que tener paciencia. Siempre surge una oportunidad —sentenció Quico con convicción.

—¿Y qué conseguiremos con marcharnos? —preguntó Toñito, un chico que había sobrevivido en la calle desde que le abandonó su madre, cuando solo tenía cinco años de edad—. Fuera tendremos aún menos opor-

tunidades. Aquí, por lo menos, nos dan de comer.

—Puede; pero yo prefiero confiar en mi suerte. No sirvo para vivir preso.

—¡Silencio! —gritó uno de los guardi-
nes mientras golpeaba la puerta con una es-
pecie de porra negra.

En unos segundos se apagaron todas las
luces de la casa, sumiéndose esta en una
profunda calma.

Un día, Toñito despertó algo acatarrado
y con unas décimas de fiebre. Se sentía con
muy pocas fuerzas, y fue el que menos dru-
pas de café recolectó. Al final de la jornada,
viendo que no podría soportar dos horas más
de trabajo, Julen le cedió parte de las suyas
para librarle, siendo él, el que tuvo que co-
rrer con esa tarea.

—¡Muchas gracias, Julen! Eres un buen amigo. No sé cómo, pero me gustaría devolverte el favor algún día.

—No te preocupes. Ahora descansa —le respondió.

Otra noche, al acostarse, Julen notó cómo se le caía de un bolsillo del pantalón el garbanzo que encontró en la estación de tren, y que aún conservaba. Intentó cogerlo, pero tras dar un bote, se introdujo por una rejilla que había en la parte inferior de la pared de la habitación, desapareciendo por ella.

Al día siguiente, durante el descanso de la tarde, mientras merendaban junto a un banco que estaba pegado a uno de los muros de la casa, vio con sorpresa que junto a sus pies se encontraba el pequeño garbanzo que la noche anterior se había introducido por la rendija de la habitación. Examinó con dete-

nimiento la fachada del edificio, y se percató de la existencia de otra rendija similar, por la que, sin ningún tipo de dudas, el garbanzo había salido al exterior.

Aquella noche, Julen, que no había dejado de darle vueltas al asunto, comentó el incidente con Quico.

—¿Tú crees que el orificio por el que se ha introducido el garbanzo será lo suficientemente ancho como para que nos podamos deslizar nosotros?

—Podría ser —le respondió—. Pero para saberlo necesitamos contar con un destornillador o algo similar con lo que podamos extraer los tornillos de la rejilla.

—¿Serviría mi horquilla? —intervino Chelito, muy pendiente de la conversación. Y tras quitarse una del pelo, se la ofreció a Quico.

—Lo comprobaremos de inmediato.

Los tres primeros tornillos cedieron sin dificultad, pues apenas estaban apretados, pero el cuarto, algo oxidado, le dio bastante trabajo.

El resto de los chicos seguía con gran expectación el desarrollo de los acontecimientos desde sus respectivas literas. Todos guardaban un silencio absoluto para no llamar la atención de los vigilantes. Al cabo de veinte minutos, Quico susurró:

—¡Lo he conseguido!

El muchacho se deslizó por el conducto unos metros hasta desaparecer de la vista de sus compañeros; pero al poco tiempo volvió a reaparecer por el mismo orificio mientras repetía con un reprimido entusiasmo:

—¡Bingo, bingo! ¡El orificio es lo suficientemente ancho!

Colocó la tapa como estaba, pero sin apretar los tornillos, y se acostó con un semblante que poco tenía que ver con el de las noches precedentes. Era el milagro que le provocaba la esperanza. Ahora lo más prudente era descansar y no levantar sospechas. Por la mañana, sin duda, hablarían largo y tendido sobre el plan de fuga.

Mientras tanto, Enrique continuaba con su infructuosa búsqueda por toda España. Aunque parezca mentira, hay personas sin escrúpulos que juegan con los sentimientos de los demás, y le hacían llegar falsas noticias sobre el paradero del niño; algunos con la mala intención de sacarle dinero. Otros, sin embargo, llamaban porque creían realmente haberle visto.

Estas situaciones provocaban un gran trastorno en su vida, así como una enorme

pérdida de tiempo, pero la localización de su hijo estaba por encima de todo, y no podía descartar ninguna pista.

Al día siguiente era domingo, único día que tenían de descanso en toda la semana. Podían levantarse más tarde, permanecer en el dormitorio o pasear por los alrededores de la casa, lo que facilitaba enormemente la comunicación entre ellos y, consiguientemente, la planificación de la escapada; aunque en todo momento, claro está, bajo la estrecha vigilancia de los guardianes.

Tuvieron que hacer un gran esfuerzo para disimular el grado de excitación que tenían por dentro, ya que si los vigilantes llegaran a sospechar lo más mínimo de sus intenciones, darían al traste con el plan, y quién sabe cuándo volverían a contar con otra oportunidad.

El problema radicaba en que, de la misma manera que habían hecho arriba, tenían que aflojar los tornillos de la rendija de abajo, para una vez llegados a ese punto, pudieran sacarla de su lugar con una simple patada, y poder salir, de esa manera, al exterior. Pero con cuatro o cinco guardias vigilando constantemente, no era nada fácil realizar esta operación.

—Si los consiguiéramos aflojar hoy, esta misma noche nos largábamos —comentó Quico.

—¿Pero cómo diablos lo vamos a hacer, si no nos quitan la vista de encima? —quiso saber Raúl, otro de los chicos retenidos.

Tras unos segundos de silencio, Chelito intervino:

—A mí se me acaba de ocurrir una idea, pero no estoy del todo segura de que vaya a funcionar.

—¡Cuéntala! —le animaron los otros—. Ya decidiremos luego si se aprueba.

—Quico, si consiguieras vomitar junto a la rejilla, seguro que te obligaban a limpiarlo hasta dejarlo reluciente, y podrías aprovechar ese momento para...

—La idea es buena, pero ¿por qué tengo que ser yo el que vomite?

—Porque has demostrado que sabes manejar la horquilla como nadie —se anticipó Raúl.

—¡Vomita y calla! —se atrevió a sentenciar Julen.

—Ya que eres tan escrupuloso, podías oler los calcetines sudados de Sebas, que son

los más sabrosos del menú —sugirió Toñito, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—¡Estáis locos! —protestó Quico—. Antes me muero en este lugar.

Pero al ver las miradas de sus compañeros comprendió que no tenía otra opción, y concluyó:

—Mejor será hacerlo después de comer, con el estomago bien repleto. Siempre será preferible pasar unos segundos agrios a una vida encarcelado —se consoló.

—Si es necesario, te ayudas con los dedos —agregó Chelito.

Durante la comida, todos se afanaron en pasar a Quico parte de la suya, en la convicción de que esto le ayudaría a vomitar con mayor facilidad. Sebas, por indicación de Toñito, había estado corriendo en los mo-

mentos previos para incrementar el sudor de sus pies.

—Es una buena idea aprobó Chelito.

Después de comer, se sentaron en el porche de la casa, junto a la rejilla. Quico se refregó de muy mala gana un calcetín de Sebas por la nariz, lo que le produjo varias arcadas. Volvió a aspirar nuevamente con todas sus fuerzas el nauseabundo olor de la prenda. Esta vez sí, su organismo reaccionó de inmediato con un intenso vómito que impregnó absolutamente la rendija y sus alrededores.

Al darse cuenta, el guardia más cercano se acercó hacia ellos, y señalando con el dedo a Quico, le ordenó:

—¡Tú! Ya puedes ir a por un cubo y un mocho y dejar eso tan limpio que se pueda comer en el suelo.

El plan, por ahora, estaba saliendo a la perfección.

Los demás chicos, por indicación de los vigilantes, se apartaron unos metros del lugar, y desde la distancia observaban cómo Quico limpiaba y manipulaba la rendija.

Media hora más tarde, cuando al fin se unió al grupo, todos parecían querer comerse-lo de impaciencia con sus miradas.

—¿Cómo te ha ido? —indagó Chelito.

—¡Lo siento mucho! —comenzó a explicar Quico con semblante muy serio—. Me parece que si estos quieren café mañana, lo van a tener que recolectar ellos mismos.

Todos comprendieron de inmediato el significado de esa respuesta, pero una vez más tuvieron que contener la enorme alegría que les invadía por dentro.

Luci no dejaba de culparse por el extravío de Julen.

—No tenía que haberle dejado marchar solo —le repetía continuamente a su padre—. Yo tenía que haberle acompañado.

—No, hija. No —le consolaba una y otra vez Enrique—. Si te hubieras ido con él, ahora os estaríamos buscando a los dos. Si existe algún culpable, ese soy yo, por haber creado todo ese malentendido del tren de los garbanzos.

—¿Usted cree que aparecerá? —preguntó la niña.

—Espero que sí, pequeña; espero que sí.

—Si al menos llamara por teléfono. ¿Por qué no lo hace?

—No lo sé, Luci. Puede que esté confuso o retenido. Solo sé que jamás me perdonaré si no aparece.

—Tiene que hacerlo —deseó llorando la pequeña.

Cuando apagaron las luces y se hizo el silencio en la casa, los chicos comenzaron a levantarse sigilosamente para iniciar la huida. Resolvieron hacerlo a primera hora de la noche, pues así dispondrían de más tiempo para alejarse del lugar.

No todos optaron por la decisión de irse. Cinco de los diecisiete retenidos, entre los que se encontraba Toñito, prefirieron no correr riesgos y quedarse. Nadie pudo convencerlos de lo contrario. Entre los que sí prefirieron aventurarse estaban Julen, Quico, Chelito, Raúl y Sebas.

Quitaron la tapa. Esta vez con mucha más facilidad que el día anterior. Se introdujeron por la apertura, y se deslizaron por un ancho tobogán que en otro tiempo sirvió para descender los sacos de café desde la planta superior.

Al llegar el primer chico abajo, propinó una patada a la rejilla, y con la misma facilidad con la que se introdujeron arriba, pudieron salir al exterior.

Se dirigieron hacia un árbol que previamente habían seleccionado, ya que al estar situado cerca de la valla, les facilitaba saltar fuera del recinto.

Fueron pasando de uno en uno. No sin dificultades, pues la verja estaba protegida con espinos en su parte superior. Solo quedaba Julen por vencer este último obstáculo. Por más que se esforzaba no conseguía su-

perar los afilados pinchos. El resto de los muchachos le apremiaban impacientes.

—¡Venga, salta ya! ¡No seas gallina!

—¡No puedo! —respondió con resignación.

—¡Haz un esfuerzo! ¡Piensa en tu padre!
—le trataba de animar Chelito.

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Nunca lo conseguiré! —comenzó a llorar el niño con impotencia.

Toñito, que lo estaba observando todo desde la ventana del dormitorio, se apresuró a coger unas almohadas de la cama y, acto seguido, se deslizó con ellas por el tobogán.

Una vez en el exterior, corrió hacia donde se encontraba Julen, diciéndole:

—¡Toma! ¡Colócalas sobre los espinos!
¡Te protegerán!

Con la ayuda de los almohadones, Julen consiguió finalmente pasar al otro lado de la alambrada. Desde allí miró a Toñito y le susurró:

—¡Muchas gracias, amigo!

—¡Te lo debía, compañero! —respondió el otro—. ¡Os deseo suerte!

Toñito, aun sabiendo que no podría regresar a la habitación, y que al día siguiente sería castigado por cómplice de la fuga, no dudó ni por un instante en devolver el gesto que días antes tuvo con él su amigo.



III) BUENAVENTURA (agosto de 1988)

Una vez al otro lado de la valla, el grupo de fugados se alejó del lugar corriendo campo a través. Cuando creyeron hallarse a una distancia prudencial, se detuvieron para reconsiderar su situación. Quico suponía que a un centenar de kilómetros al oeste se encontraba la ciudad de Buenaventura, en la que él mantenía algunos contactos con los que podrían contar. Otros, sin embargo, tenían planes distintos, por lo que decidieron separarse. Julen y Chelito optaron por continuar con Quico.

Poco antes de amanecer pasaron junto a una granja, y pensando que no les vendría nada mal agenciarse un poco de comida, decidieron echar un vistazo. Todos parecían

dormir en su interior, por lo que se introdujeron sigilosamente en una especie de almacén contiguo a la casa principal, en donde encontraron pan, leche, queso y fruta.

Se detuvieron a comer un par de kilómetros más adelante y, como se sentían muy agotados, acordaron descansar unas horas, imaginándose ya lo suficientemente alejados de sus captores.

Al mediodía, Quico despertó a sus dos compañeros:

—¡Silencio! Hay alguien merodeando por la zona.

Efectivamente, pudieron comprobar que se trataba de dos jinetes a los que pudieron identificar como vigilantes del cafetal.

—¡No hay rastro de ellos por ni ninguna parte! —gritó uno.

—¡Sigamos! —contestó el otro.

Una vez desaparecieron de su vista, los chicos se pusieron en pie dispuestos a continuar con la marcha.

—Ya lo veis —comentó Chelito—. Esos aún no han abandonado nuestra búsqueda. Tendremos que extremar al máximo las precauciones.

Continuaron la travesía evitando los caminos principales para procurar no ser descubiertos.

—Ojalá que no hayan conseguido detener a nadie —deseó Julen.

—Ojalá que no, pero eso no será suficiente para parar a esta gente —respondió Quico—. Buscarán a otros en otras ciudades.

De pronto, observaron algo entre unos matorrales que les llamó poderosamente la atención.

—¡Mirad! —señaló Chelito—. ¡Es una hamaca!

—¡Chévere! —se entusiasmó Quico—. La aprovecharemos para poder descansar un poco más cómodos. La siesta que hemos echado en el suelo me ha dejado los huesos doloridos.

Continuaron sin mayor novedad, alimentándose con las provisiones que habían tomado de la granja. Cuando comenzó a anochecer, eligieron pernoctar en una cabaña que hallaron en una zona boscosa.

—¿Qué tal si esta noche dormís vosotros en la cabaña y coloco yo la hamaca en el bosque? —propuso Quico—. Nos iremos turnando cada día.

Los dos amigos estuvieron de acuerdo con la propuesta y, tras desearse las buenas noches, cada uno se dirigió a su lugar correspondiente.

No había pasado ni media hora desde que se despidieron, cuando Quico entró de nuevo en la cabaña.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso ha empezado a llover? —preguntó Chelito.

—¡Qué va! —replicó—. No me extraña que hayan tirado esta porquería.

—¿Está rota o qué?

—Estar, está bien. Lo que no hay es manera de encontrar dos árboles que estén a la distancia justa para poder atar las cuerdas.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los otros dos mientras se ubicaba en un rincón de la cabaña.

A la mañana siguiente, después de tomarse la última reserva de leche que les quedaba, se pusieron en marcha.

—Visto el éxito obtenido, la hamaca habrá que dejarla —sugirió Julen.

—De eso, nada —respondió Quico—. Esta se la colocamos a algún ingenuo en Buenaventura y nos sacamos una pasta.

—¡Basta ya de incomodidades y de humedad! ¡Evite las piedras y los insectos! ¡Si sale al campo, duerma como en su propia casa con esta práctica hamaca! ¡Solo por 30.000 pesos! —bromeaba Chelito mientras sus amigos reían la gracia.

En el camino encontraron otras granjas y árboles frutales, por lo que no tuvieron problemas para abastecerse de comida. Además, descubrieron numerosas plantas plataneras, así como fuentes de agua. Por otra

parte, el problema de sus perseguidores parecía haberse disipado por completo. Todo iba sobre ruedas. En un momento de la jornada alcanzaron la orilla de un caudaloso río.

—¡Siguiendo su cauce llegaremos hasta Buenaventura sin ningún problema! —aseguró Quico.

—¡Eso es estupendo! —respondió Julen—. ¿Pero no nos podríamos quedar aquí a descansar? Estoy verdaderamente agotado.

Sus dos amigos aprobaron la idea y decidieron acampar en aquel lugar, no sin antes haberse dado un buen baño en el río.

Al día siguiente, al poco de retomar la ruta, vieron un viejo embarcadero en el que estaban amarradas tres o cuatro canoas.

—¡Esto es como un regalo del cielo! —afirmó Quico—. Se terminaron nuestras pe-

nurias. Una de estas nos llevará hasta Buenaventura en un santiamén.

Los tres suspiraron aliviados mientras desenganchaban una de las embarcaciones y se acomodaban en su interior.

Al principio tuvieron algunos problemas con el manejo de los remos, pero poco a poco fueron ganando destreza y la navegación se hizo más rápida y segura. Como solo disponían de cuatro remos, cada cierto tiempo se turnaban con ellos, y uno de los amigos quedaba libre para descansar. Muy entrada la tarde vieron una nube en la lejanía.

—¡Buenaventura a la vista! —gritó Qui-co—. En un par de horas estaremos en el extrarradio de la ciudad. Ataremos la barca a un árbol y entraremos en ella a pie.

—Mejor se la vendemos a otro incauto —rectificó Julen mientras todos reían.

Enrique recibió varias llamadas muy fiables desde Portugal, donde aseguraban haber visto al pequeño. Se trasladó hasta allí para inspeccionar personalmente todas las pesquisas, pero tras varios días de infructuosa búsqueda por los lugares que le habían sido indicados, solo encontró a un niño de edad similar a la de Julen, y de parecidas características, mendigando por las calles de Lisboa. Dándose cuenta de que todo se había tratado de un lamentable error, regresó inmediatamente a Madrid, en donde Luci, que aguardaba con impaciencia, se llevó otra gran decepción.

Buenaventura es una ciudad portuaria muy importante de Colombia. Se encuentra al noroeste del país, y tiene más de 200.000 habitantes. En ella se pueden observar, sobre

todo en su periferia, importantes focos de pobreza y demasiadas carencias sociales. Nada más llegar a ella, Julen entendió a qué se refería Toñito cuando dijo que fuera tendrían menos oportunidades.

—¡Escucha, hijo! —le dijo Zenobia, una anciana que llevaba más de cuarenta años sobreviviendo en la calle como limpiabotas—. Esto no es como España. El que a ti te secuestrarán allá es un hecho realmente extraordinario, pero aquí no resultaría tan raro. O sea, que si no queréis retornar al cafetal o a otro sitio peor, debéis de tener mucho cuidado. Lo más seguro es que os mantengáis siempre en grupo, y que por la noche os escondáis donde no puedan encontraros. En cuanto a ganáros la vida, podéis hacer muchas cosas, desde limpiar coches o lustrar calzado, como yo, hasta realizar cualquier tipo de recado; pero hagáis

lo que hagáis, no contéis con ganar mucha plata.

A continuación, Zenobia les proporcionó el material necesario para ejercer como limpiabotas. Se pusieron en una céntrica plaza, y después de unas horas, Julen consiguió el dinero suficiente para hacer una llamada telefónica a su casa de Madrid. Entró en un locutorio cercano y, presa de una gran emoción, marcó los dígitos correspondientes. Pero al no responder nadie a su llamada, creyó que su padre no había regresado todavía.

El miedo a lo peor volvió a hacer mella en la moral del chico, que rompió a llorar amargamente.

—¡No te desanimes, Julen! —le consoló Chelito—. Nosotros te ayudaremos a conseguir el dinero necesario para que puedas regresar a España.

Estas palabras de su amiga lograron reconfortar, en gran medida, al muchacho.

Aquella noche se juntaron a dormir con una docena de niños que, como ellos, malvivían en la calle gracias a la mendicidad o al hurto. Siguiendo los consejos de Zenobia, prefirieron permanecer agrupados para disminuir el riesgo de ser atrapados por alguna banda que pretendiera su explotación. El lugar elegido en esa ocasión fue una vieja fábrica abandonada a las afueras de la ciudad. Aunque cada cierto tiempo, por mayor seguridad, deberían cambiar de ubicación.

Aquel sitio era deprimente. Dormían entre suciedad y basura. Carentes de la más mínima comodidad; incluso la del agua corriente, que tenían que recogerla en botellas y baldes en una fuente cercana. Se acostaban sobre cartones en el suelo, y solo los más afortunados disponían de alguna vieja manta para protegerse del frío.

Durante el día, Julen y sus amigos trataban de ganarse la vida como podían; pero tal y como les había asegurado Zenobia, no lograban conseguir demasiado dinero. Pese a todo, Julen logró ahorrar sus primeros pesos.

Una noche, cuando regresaban a la fábrica, vieron a un hombre de unos 65 años, delgado y con una poblada barba blanca, tiritando de frío en una esquina cercana a donde ellos pernoctaban. Julen le tocó la frente y aseveró:

—Tiene mucha fiebre.

Lo cubrió con una manta que le habían dado a cambio de limpiar un garaje, y salió en busca de una farmacia abierta en donde, con parte de lo que había conseguido ahorrar hasta entonces, compró una caja de aspirinas y unas infusiones. A su regresó, puso a hervir una infusión en un viejo hornillo que había conseguido otro de los pequeños, y se la

hizo beber, junto con una pastilla, al enfermo.

Unos días más tarde, cuando el hombre se recuperó, quiso saber quién fue el muchacho que se preocupó por él en aquellos momentos tan delicados. Al conocer la historia de Julen, manifestó:

—Yo me llamo Roque. Soy un viejo marino que he pasado más tiempo en mar que en tierra; pero ahora, como consecuencia de mis excesos en esta larga y dura vida que me ha tocado vivir, me encuentro viejo y cansado. Pese a todo, a veces logro enrolarme en algún mercante como cocinero, igual que tu padre. Quiero que sepas que te estoy infinitamente agradecido por lo que hiciste por mí, y que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que regreses a tu tierra.

A Julen le invadió la alegría al saber que otra persona estaba dispuesta a ayudarle.

Un mes después de aquello, cuando Julien y sus amigos regresaban a la fábrica para pasar otra noche, se encontraron en la puerta a Roque, presa de una agitación incontenible.

—¡En una semana te vienes conmigo a España!

—¿Cómo dice? —preguntó incrédulo Julien.

—Sí, hijo. Conseguí un contrato como cocinero en un mercante que parte el próximo miércoles rumbo a Lisboa. Y por mis muertos que te enrolaré en él como mi ayudante. Desde allí nos resultará fácil llegar hasta Madrid.

En una indescriptible explosión de júbilo, en la que se aunaban infinidad de sentimientos, todos se fundieron en un mismo abrazo, acompañado de risas y lágrimas.

Cuatro meses después de la desaparición de Julen, tras la intervención de Enrique en un programa de televisión, una mujer se puso en contacto con él, al recordar que por aquel tiempo, un niño que podía corresponder al de la descripción dada, se le acercó preguntándole si conocía el tren de los garbanzos. Este contacto reavivó las esperanzas de todos los que le buscaban, pues era el que más credibilidad ofrecía de todos cuantos se habían producido hasta entonces. Pero lamentablemente, la mujer, pensando que se trataba de la broma de un chiquillo, no prestó atención a la dirección que tomó posteriormente, y solo pudo aportar el dato de que este encuentro se produjo en las inmediaciones de la estación de Atocha. Desgraciadamente la búsqueda tenía que continuar.



IV) EL REGRESO (octubre de 1988)

Llegado el ansiado miércoles, Chelito y Quico acompañaron a Julen hasta el muelle desde donde debía zarpar el mercante Santa Teresa rumbo a Portugal. Allí se encontraba esperándole Roque, junto a un simpático y listo perro ratonero de color blanco llamado Cuco.

—¿Está todo en orden? —preguntó Julen.

—Sí, marinero —afirmó Roque—. En un principio tu presencia no le hizo mucha gracia al capitán; pero tras asegurarle que eras un ayudante imprescindible, y que tus honorarios corrían enteramente por mi cuenta, ha terminado por admitirte.

—Tal vez, se lo debías haber advertido desde el principio —opinó el niño.

—No, hijo, no. Si así lo hubiera hecho, le habría dado tiempo a buscar otro cocinero. De esta forma, no ha tenido más remedio que aceptarnos.

Tras abrazarse y desearse mucha suerte, Julen se despidió de sus amigos y subió a bordo de la embarcación junto con Roque y Cuco, al tiempo que volviendo la vista atrás, con los ojos llenos de lágrimas, gritaba:

—¡Jamás os olvidaré!

El barco era un gran mercante de más de ochenta metros de eslora que transportaba cientos de toneladas de café y tabaco. Pero muy a pesar de Julen, su ruta hacia España no era la más directa, a través del canal de Panamá; sino que tenía que bordear toda Sudamérica, ya que tenía programada una es-

cala en Valparaíso y otra, tras dejar atrás el estrecho de Magallanes, en Montevideo. Esto suponía más de un mes de navegación.

Los primeros días fueron terribles para el muchacho. Hasta que se acostumbró a los vaivenes de la nave, se pasaba la mayor parte del tiempo vomitando.

Aunque ayudaba a Roque en la cocina, no lo hacía por obligación; sino por distracción y agradecimiento. En sus ratos libres jugaba con Cuco o disfrutaba de las vistas desde cubierta. Con el resto de la tripulación mantenía poco contacto, pues dedicados plenamente a sus tareas, no le prestaban demasiada atención.

Por las noches, cuando terminaban el trabajo en la cocina, Roque y Julen se sentaban en la cubierta a contemplar las estrellas y sentir de cerca, como decía el marino, la llamada del mar. Al chico le impresionaban

sobremanera los conocimientos que aquel hombre le transmitía.

En cierta ocasión, el niño quiso saber:

—¿Cómo se llama esa estrella tan brillante que está sobre nosotros?

—Se llama Capella. Es amarilla, como el Sol, pero 120 veces más luminosa. Y aquella rojiza situada un poco menos al norte, Aldebarán; es una gigante roja. A su lado se ve el cúmulo de las Pléyades. Se trata de un grupo de más de 500 estrellas que se encuentra a unos 400 años luz de distancia.

—¿Y aquella azulada tan bonita que está hacia el este?

—¡Ah, amigo! Esa es Rigel. Es una supergigante azul. Se halla en la constelación de Orión. Brilla cerca de otra supergigante roja llamada Betelgeuse.

—¿Pero cuál es la más brillante de todas? —quiso saber Julen.

—La más brillante es Sirio, y la más cercana Alfa Centauri; pero ninguna de estos son visibles ahora desde nuestra posición. De las que en este momento podemos contemplar, la más brillante es Capella, la primera en que tú te fijaste.

—¿Y por qué unas son azuladas y otras rojizas?

—Eso depende de su edad. Las azules son las más jóvenes. Las rojizas, al igual que yo, tienen ya más años. ¿Pero tú sabías que podríamos estar viendo estrellas que ya han dejado de existir? —continuó explicando Roque.

—Eso no puede ser posible.

—Sí, Julen. Lo que ocurre es que su luz puede tardar miles y miles de años en llegar

hasta nosotros. Pero a decir verdad, no es habitual que esto suceda en las estrellas que se ven a simple vista. Habría que tener un potente telescopio que alcanzase a ver las más lejanas. ¿Sabías que existen más estrellas que granos de arena en el mundo?

—¡Todo esto es alucinante! —murmuró con asombro el niño.

—¡Hay tantas cosas alucinantes en el universo, que ni las imaginarías! ¿Sabías que en Venus el Sol sale por el oeste y se pone por el este, al revés que en nuestro planeta? ¿Que en Mercurio amanece dos veces durante el mismo día? ¿Que en Plutón pesaríamos tan poquito que si diéramos un salto sería como volar? Claro, que tendría que ser casi a oscuras, pues se encuentra muy alejado del Sol, y no recibe mucha luz.

—¡Estoy verdaderamente anonadado! —acertó a balbucear el muchacho—. Una vez

escuché que en Venus los días son más largos que los años.

—Eso también es verdad —respondió el marino—. ¡Mira! Aquella estrella que señalo es la estrella polar. Siempre nos indica el norte.

—Pero creo que te equivocas en algo —observó Julen—. La más brillante es aquella otra de allí.

—No, hijo. Aquella no es una estrella. Es Júpiter. El mayor de los planetas de nuestro sistema solar.

A continuación, tras tomar en sus manos una vieja guitarra, Roque cantó una hermosa canción que él mismo había compuesto. Después, se retiraron a descansar, pues el sueño comenzaba a vencerlos, y a la mañana siguiente tenían que madrugar:

Tengo un tesoro hallado en el bosque,
en una tarde en que todo era gris;
y desde entonces soy otro hombre.
Tengo un tesoro y soy muy feliz.

Tengo una estrella que guía mis noches.
Dos o tres sueños que me hacen seguir.
Un viejo perro que es fiel como un ro-
ble,
y alguna tristeza que me hace sentir.

Tengo un amigo que me acompaña
las noches tristes, como yo a él.
Una guitarra que ríe, llora y calla.
Dos profundos ojos que miran y ven.

Tengo un tesoro inagotable,
que hoy es mi deseo poder compartir
entre los que quieran vivir cada instante.
Tengo un tesoro por estar aquí.

Por lo demás, después de una pequeña escala en Valparaíso, importante ciudad portuaria situada en la costa occidental (oeste) de Chile, la singladura transcurrió sin mayores incidencias hasta que alcanzaron el estrecho de Magallanes. Es un paso descubierto por el navegante portugués del mismo nombre que comunica el océano Atlántico con el Pacífico. Está situado en el extremo austral (sur) del continente americano. Tiene más de quinientos km de longitud, pero en algunos tramos, debido a su poca profundidad, su travesía no resulta nada fácil a las grandes

embarcaciones. Hay que aprovechar la es-
toa, que es el tiempo en que la marea perma-
nece en su más alto nivel. Su paso permite
evitar el mítico y siempre temido cabo de
Hornos, punto geográfico en el que conflu-
yen los dos grandes océanos. Justo en ese lu-
gar, a la entrada del paso de Magallanes, se
desató una impresionante tormenta de lluvia,
viento y relámpagos que hizo que el barco se
zarandeara como una cáscara de nuez entre
las embravecidas aguas.

El muchacho estaba verdaderamente
asustado, y no acertaba a decir palabra algu-
na.

—No temas —intentó tranquilizarle Ro-
que—. Yo he conocido centenares como esta.
En el cabo de Hornos el viento es aún ma-
yor. Dicen los marinos que cuando azota con
todas sus fuerzas suena como las cadenas
del diablo. Pero sobreviviremos. Puedes es-
tar seguro.

Y así fue. El mar se calmó, y la tempestad dio paso a un gran cielo azul salpicado de algunas nubes blancas en forma de pedazos de algodón.

Roque y Julen subieron a cubierta para disfrutar de las vistas mientras la tripulación se afanaba en reparar los daños habidos, aunque realmente no habían sido excesivos.

Otro día, estando también en cubierta, Julen gritó repentinamente al observar en la lejanía unos chorros de agua que surgían del océano como si fueran fuentes.

—¡Mira!

—¡Ballenas! —aclaró Roque—. Es su forma de respirar. Hace años se veían cientos de ellas surcando nuestros mares. Hoy no son tan fáciles de avistar.

—¿A qué se debe? —quiso saber ingenuamente Julen.

—El hombre y su avaricia no tienen límites. Están esquilmando todo el planeta. ¿Sabes lo que significa esquilmar? Es sacar-le todo a algo sin ofrecer nada a cambio; sin regenerarlo. ¿Entiendes? Es no aprender de la generosidad de la naturaleza. Ella multiplica todo lo que tiene. ¿Te has preguntado alguna vez cuántas miles de manzanas o granos de uva puede dar un solo árbol? El hombre en vez de multiplicar, divide. Para poseer lo que no necesita es capaz de despojar a los demás de lo que sí necesitan. Y esto nos empobrece como personas. Se puede esquilmar la tierra o el mar; pero además, el amor o la amistad. No esquilmes nunca. De ninguna de las maneras.

—Lo prometo —contestó pensativo el niño.

Unos días más tarde, la nave realizó la segunda de las escalas que tenía programadas durante su ruta, antes de tomar tierra en

Lisboa. Al igual que sucedió una semana antes, vino muy bien a todos el poder desembarcar en el puerto de Montevideo, capital de Uruguay, y disfrutar de unos relajantes paseos por sus calles.

—El mar es ciertamente hermoso; pero a la tierra también se le llega a añorar —apuntó Roque mientras caminaban por un viejo parque de la ciudad.

—Es la llamada de la tierra —matizó Julien.

El cocinero explicó al chico que muy cerca de allí, durante la colonización de América, algunos navegantes ansiosos por hallar nuevas rutas y riquezas, confundieron el gran estuario del Río de la Plata con un brazo de mar que comunicaba el océano Atlántico con el océano Pacífico y, al adentrarse por él, fueron capturados y devorados

por las tribus salvajes que poblaban las orillas.

—¿Devorados? —preguntó Julen con asombro.

—Con ropa y todo — se rio el marino a carcajadas—. Aunque a decir verdad, no sé quiénes eran en realidad más salvajes.

Al poco tiempo de hacerse nuevamente a la mar, Roque sufrió otra recaída en su salud. No podía cumplir con sus labores, y además, su vida corría peligro, por lo que el capitán decidió poner rumbo a las islas Azores para poder trasladarle a un hospital. Julen se negó a abandonar a su amigo en aquellos momentos, y resolvió mantenerse cerca de él durante todo el tiempo que duró su enfermedad.

—¡De ninguna manera! —le intentó persuadir sin éxito el buen hombre.

Según las últimas investigaciones policiales, existían algunos indicios que parecían indicar que el muchacho se había embarcado en solitario en un avión rumbo a Bogotá. Pero Enrique dudaba de estas informaciones, pues dejaban muchas preguntas en el aire. ¿De dónde sacó el niño el dinero suficiente para comprar el pasaje?, o ¿qué pista estaba siguiendo para que hubiera tomado esa decisión tan absurda? En cualquier caso, era consciente de que no podía rechazar ninguna hipótesis. Lo más terrible era que si se confirmaban las teorías del comisario, las posibilidades de recuperar a su hijo eran francamente remotas.

Los médicos constataron el delicado estado de salud de Roque, aunque afortunadamente, por esta vez, habían acudido a tiem-

po. Tras permanecer algunos días en el hospital, fue dado de alta en cuanto pudo valerse por sí mismo. Durante ese periodo Julen permaneció ininterrumpidamente al lado de su amigo.

No tuvieron que pasar penalidades, ya que con el dinero que habían ganado en el barco, pudieron alquilar una sencilla habitación y adquirir los alimentos que precisaban para vivir.

Una mañana, paseando por los muelles, Roque descubrió una modesta embarcación que tenía una pequeña cabina en la que poder refugiarse en caso de inclemencias meteorológicas.

—¡Se me está ocurriendo...! —le dijo al muchacho.

—¿Qué? —preguntó este.

—Si nos pudiésemos hacer con esta barca, yo mismo te llevaría a España. No podemos estar ya a muchos días de viaje.

Tras unas arduas negociaciones, el marino acordó con su dueño quedársela a cambio de unas jornadas de trabajo en su lonja.

—Precisará de algunos arreglos, y es posible que tenga que reponerle alguna pieza del motor —le advirtió el vendedor.

—De eso me encargo yo —respondió Roque.

Quince días después, el pequeño barco se encontraba en perfectas condiciones para hacerse a la mar, y dotado con todos los elementos imprescindibles para la navegación.

—¿De verdad crees que lo conseguiremos? —dudaba Julen.

—Aunque sea lo último que haga en esta vida —sentenció el hombre mientras revisaba los últimos detalles.

Tras hacerse con todas las provisiones necesarias, los dos amigos y Cuco subieron a bordo e iniciaron la que debía ser última etapa de su regreso a casa.

—Pondremos rumbo a Galicia —puntualizó el marino.

Una noche en la que la sensación de paz era sobrecogedora, vieron unas estelas, como unas rayas en el agua, que seguían a la embarcación.

—Son delfines —aseveró Roque—. No podemos verlos, pero te aseguro que son delfines.

A continuación, Julen suplicó al marino que le cantara una de esas canciones que a él tanto le cautivaban.

—A ver si te gusta esta —le propuso
mientras buscaba su guitarra:

Contra el viento y la marea,
con mi barco en la tormenta,
voy con la mirada atenta
a tu gran inmensidad.

Y me siento en tus entrañas,
empujado por las olas,
con la luna por farola,
un muñeco naufragar.

Reflejadas en tus aguas,
me recuerdan las estrellas

las aventuras más bellas
que ya nunca volverán.

Mis problemas se disipan
ante tu inmortal bravura
y la tremenda hermosura
de tu alfombra celestial.

Las gaviotas que te besan
me hacen sentirme celoso;
quisiera ser yo el dichoso
de besarte sin cesar.

Por toda la eternidad
serás mi gran compañero;

quiero gritarte ¡te quiero!

Espejo de libertad.

—¡Es preciosa! —exclamó Julen, al tiempo que acariciaba al perro que dormía plácidamente junto a sus pies—. A mí también me gustaría escribir un poema —añadió.

—¡Inténtalo! Seguro que puedes hacerlo.

Julen pensó durante un instante y recitó:

Voy en una vieja barca
que me lleva hacia mi casa,
y a pesar de ser muy carca,
pronto podré ver al Barça.

—¡Aquí sí que podríamos decir eso de que toda gran marcha comienza con un pequeño primer paso! —le recordó el marino mientras se reía a pleno pulmón, hasta el punto de sobresaltar al pobre Cuco.

Otra noche, Roque se volvió a poner enfermo; tanto que él mismo llegó a intuir que se encontraba próximo a su final. Llamó a Julen para, con voz entrecortada, darle las últimas instrucciones.

—¡Escucha bien! —le dijo—. Ya te he enseñado a poner los rumbos. Debes mantener a toda costa el actual, y en unas horas tocarás la costa de Galicia. Debemos estar ya muy cerca. Toma este dinero —y entregándole una pequeña cartera que sacó de un bolsillo de su chaqueta, añadió:

—Cuando estés en tierra pregunta por una estación de tren. Allí, compra un billete para Madrid. Si tu padre no estuviera en

casa, ponte en contacto con un adulto que te dé confianza; él sabrá lo que hacer. ¡Ah!, y cuida de Cuco.

—¿Pero por qué me dices todo esto?
—preguntó sollozando el niño—. No puedes dejarme ahora.

—¿Recuerdas las estrellas que ya no están, pero siguen brillando, indicándonos el camino?

—Sí —acertó a decir el muchacho.

—Pues si lo deseas, tu madre y yo podemos ser esas estrellas que brillen en tu interior y te iluminen el camino.

—¿Cómo?

—Solo recordando que estemos donde estemos, lo que más feliz nos haría, sería saber que continuas hacia adelante, sin rendirte. Pase lo que pase. Convirtiéndote cada día

en una persona mejor. Recuerda esta gran frase de David Carradine: "Solo dos cosas pueden destruir a un hombre, una fuerza exterior y una debilidad interior". Sé fuerte, y tendrás mucho ganado. Siempre.

Después, se colocó en el borde de uno de los laterales de la embarcación, y concluyó:

—Cuando me haya ido, solo tendrás que empujarme un poco para que caiga al mar. Él será mi sepultura. Bastará con que digas una oración por mi alma.

—¡Por favor, no te mueras! —le rogó con impotencia Julen—. Pero apenas diez minutos después, Roque expiró definitivamente.

El niño miró al cielo sin poder contener las lágrimas y, tras empujar el cuerpo del marino para que cayera al océano, recitó una oración, tal y como este le había indicado.

Seguidamente, se aseguró de que la barca mantuviera el rumbo establecido, y se refugió en la cabina, pues había comenzado a llover ligeramente.

Pasado el tiempo previsto por Roque, y sobreponiéndose al profundo dolor, Julen avistó tierra en el horizonte. Poco después, aunque no sin dificultades, consiguió encastrar en una cala.

Ascendió con Cuco por un suave terraplén, llegando hasta una carretera muy transitada. Tras un tiempo haciendo auto-stop, fueron recogidos por una chica que, siguiendo sus instrucciones, los trasladó hasta la estación de ferrocarril más próxima. Una vez allí, no tuvieron problema alguno en adquirir un billete hasta Madrid ni en desplazarse posteriormente desde la estación de Chamartín hasta su casa.

Al encontrarla vacía y sin ningún cambio significativo, asaltaron su cabeza los peores pensamientos, entonces, repentinamente, se percató de un pequeño detalle que lo cambiaba todo. La nota que dejó sobre la mesa de la sala el día de su marcha había desaparecido.

—¡Mi padre ha regresado! —pensó convencido el chico.

En ese preciso instante se abrió la puerta y las miradas de ambos se encontraron por primera vez desde hacía seis meses. Tras fundirse en un interminable abrazo rebosante de emoción, se dieron todo tipo de explicaciones sobre lo acontecido.

Julen le habló de todos los amigos que había conocido, y del compromiso que había adquirido para con ellos en el futuro. Seguidamente, dio aviso de la buena noticia de su

regreso a sus compañeros, especialmente a Luci.

Unos días después llamó a la niña para jugar con un trineo que le habían regalado por navidad.

—No puedo —contestó ella—. Mi madre no regresó ayer de su trabajo.

—¿Cómo? —preguntó Julen petrificado.

—¡Inocente! ¿Es que no sabes que hoy es 28 de diciembre? —se burló Luci—. Nos vemos en quince minutos.

—Y así fue. Y aquellas navidades fueron las más espléndidas de sus cortas vidas.

FIN

